Diálogo Ecuménico t. XXXIV, n. 108 (1999) 7-20

PERSONALIDAD ECUMÉNICA DE OSCAR CULLMANN RECUERDO Y HOMENAJE

El 18 de enero de 1999, el teólogo luterano Oscar Cullmann fallecía próximo a los cien años. Nacido en 1902, su vida había conocido casi la misma extensión que este siglo también cercano a su fin. Una existencia fecunda en muchos sectores de la actividad académica, las publicaciones y la difusión de un pensamiento guiado siempre por el afán de investigar con el mayor rigor aspectos históricos o doctrinales del cristianismo, y de hacer este trabajo fructuoso no solamente desde el punto de vista de la recuperación solvente de un pasado, sino también para la iluminación de la existencia creyente de nuestros días.

Entre los campos a los que Cullmann dedicó atención y reflexión se cuenta el de las relaciones entre las Iglesias cristianas, tanteando y sugiriendo las fórmulas que pudieran ayudar a avanzar, sobre un firme fundamento bíblico y doctrinal, en el camino de la comprensión, la colaboración y el acercamiento mutuos. Las páginas siguientes se proponen evocar algunos de los rasgos de su presencia e irradiación en esta área. Desean ser un agradecido y fraternal homenaje, ofrecido desde la sensibilidad ecuménica y el aprecio por la entrega del destacado teólogo a un asunto de tan vital importancia para la existencia y el testimonio evangélico de la única comunidad de Cristo.

Universidad Pontificia de Salamanca

I. El surgimiento de un pensamiento ecuménico en O. Cullmann

Se puede decir con razón que Cullmann llegó a trabajar en el tema ecuménico en una época relativamente tardía de su vida y de su evolución intelectual. Otros importantes estudios, especialmente en el terreno de la exégesis y de la teología de la primera comunidad cristiana, habían dado a conocer previamente al profesor estrasburgués cuando en éste emerge y se manifiesta públicamente su interés por lo que concierne al avance de las Iglesias cristianas hacia su unidad. Saliendo al paso de la sorpresa que pudieran tener otros, considerándolo quizá un advenedizo sin autoridad en este campo, él mismo escribía:

> «Algunos se extrañarán quizá de que, siendo así que hasta ahora no se me ha escuchado más que en las aulas y que mis trabajos, aun dirigiéndose con frecuencia a no teólogos, quedan confinados en el marco de la investigación exegética e histórica, por una vez me aventure a introducirme en el terreno práctico al que pertenece el problema ecuménico. Yo diré ante todo que las mismas circunstancias... me han conducido a plantearme continuamente, casi como un problema personal, la cuestión ecuménica»[1].

Las circunstancias a las que alude son, especialmente «...mis numerosos contactos con los teólogos católicos, sobre todo en París y Roma». Efectivamente todavía joven profesor, había sostenido frecuentes conversaciones con Congar en Estrasburgo, con von Balthasar en Basilea. Por lo que toca a Roma, sus estancias en aquella ciudad habían sido aprovechadas para visitar el Pontificio Instituto Bíblico, donde incluso ocasionalmente asistía a clases de algún renombrado especialista. Hay que tener en cuenta que todo esto sucedía casi diez años antes de que en el Concilio Vaticano II se manifestara, ante la opinión pública de las Iglesias, un profundo y decisivo cambio en la mentalidad, la teología y las orientaciones católicas. De estos encuentros con algunos de los que habían de impulsar tal cambio, Cullmann obtiene una conclusión: «el acuerdo profundo que compruebo con ellos no

[1] O. Cullmann, *Catholiques et protestants. Un projet de solidarité chrétienne* (Neuchâtel 1958) 9.

Universidad Pontificia de Salamanca

solamente en el plano de las relaciones humanas, sino a propósito de cuestiones que conciernen a nuestra fe, y la constatación simultánea de que un obstáculo insuperable nos impide estar unidos en una misma Iglesia...».

Animado ya por la inquietud ecuménica, y habiendo surgido ésta desde sus estudios sobre la primera comunidad cristiana, Cullmann recibe pronto invitaciones para pronunciar conferencias acerca de este tema, que se plasmarán después en un artículo sobre «El cristianismo primitivo y el problema ecuménico» en que desarrolla la enseñanza del Nuevo Testamento respecto a la unidad y la división de los cristianos. La presenta en la Escuela Politécnica de Zürich, en el Instituto Suizo de Roma y en la Organización Católica Istina de París. Más tarde tendrá ocasión de reiterarlo en un marco tan inesperado como es la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París. Pero, sin detenerse en los límites de la erudición académica y teórica, en 1958 pone en marcha su famoso proyecto de colecta recíproca entre las Iglesias cristianas, y recorre toda Europa propagándolo. Consiguió que se llevara a la práctica en varios lugares; pero ni el Secretariado vaticano para la Unión de los Cristianos ni el Consejo Ecuménico de las Iglesias creyeron oportuno apoyarlo y el proyecto se extinguió.

Cullmann era plenamente consciente de que la aportación que su fidelidad cristiana le pedía era la propia de su especialidad en cuanto exegeta del Nuevo Testamento. Sus conocimientos del mismo le permiten captar que en el NT hay divergencias colectivas, tipos distintos de cristianismo, diversidad de carismas, tendencias a la división. Pero éstas no han llegado al cisma, han sido condenadas como incompatibles con la voluntad de Cristo, como rompedoras de su Cuerpo único. El Espíritu constituye un factor de diversidad en la unidad: muchos dones, pero un solo Espíritu. Tales perspectivas le indican al profesor dónde se encuentra el punto decisivo de la cuestión ecuménica. Lo formula con claridad en una declaración personal, en la que se escucha el deseo de que la iluminación que le ha sobrevenido a él pudiera ser compartida por otros muchos:

> «Estoy lejos de subestimar el trabajo, tan pleno de promesas, que lleva a cabo en Ginebra el Consejo Ecuménico de las Iglesias para unir a todas las Iglesias no romanas... Es por ahí

Universidad Pontificia de Salamanca

por donde había que comenzar; y ese trabajo deberá ser continuado y profundizado. Sin embargo, estoy cada vez más persuadido de que las realizaciones de Ginebra no deben hacernos perder de vista ni un solo instante el problema ecuménico esencial, que es el de las relaciones entre la cristiandad romana y la cristiandad no romana... porque estudiando el NT constato por decirlo así en cada página que, desde el punto de vista de sus autores, nuestra separación es un escándalo»[2].

En 1962 sucede un hecho destinado a ejercer un influjo decisivo en las persuasiones ecuménicas de Cullmann y en su dedicación posterior a este terreno. Es invitado como observador al Concilio Vaticano II a título personal, no como representante de una Iglesia o una institución. Explícitos testimonios suyos han dejado constancia de su valoración de aquel importante acontecimiento eclesial católico, así como del enriquecimiento que le supuso su participación, no solamente en los trabajos del aula conciliar, sino también en los hechos que los rodearon: acogida, atención y acompañamiento por parte del Secretariado que presidía el cardenal Bea, trato dispensado a los observadores, oportunidad de encuentros entre ellos y con personalidades católicas, conversaciones, audiencias papales, impresionante servicio litúrgico presidido por Pablo VI en la basílica de S. Pablo al concluir el Concilio. Algunos fragmentos del teólogo luterano son especialmente elocuentes como expresión de las iluminaciones y los nuevos puntos de vista que la singular experiencia romana le depara:

«El influjo ecuménico de la renovación bíblica se manifestó no sólo en el texto del Decreto sobre Ecumenismo, ciertamente motivo de alegría, sino en todo el acontecimiento conciliar. Ya el hecho de que observadores no católicos pudieran participar en un concilio de la Iglesia Católica, pero también la deferencia, la confianza y el tacto con el que fuimos tratados, fueron notables. ¡Digo tacto, no táctica! Pues ninguno de los que estuvimos allí podrá sostener que se pusiera en juego la más mínima maniobra, la más mínima intención solapada, de por decirlo así, 'pescarnos'. Se nos introdujo en todos los secretos, incluso en aquellos de los que la Iglesia Católica no siempre obtenía

[2] *Catholiques*, *cit.*, 9-10.

Universidad Pontificia de Salamanca

buena fama, y se nos entregaron todos los esquemas no destinados al público lo mismo que a los padres conciliares. Con gran libertad pudimos todos los martes expresar nuestras opiniones críticas en el Secretariado para la Unidad y la atención que se nos prestó en las más altas instancias nos resultó sorprendente a nosotros mismos».

«¿Qué tenemos que aprender del concilio para nuestras relaciones con los hermanos católicos? Dos cosas: que al catolicismo se le imponen límites en su renovación por causa de sus dogmas fundamentales, pero que él se ha transformado en esos límites y se nos ha aproximado».

«Estoy persuadido de que la historia bíblica de la salvación se desarrolla, ciertamente no en todo lo que acontece en la Iglesia, y ciertamente no en todo lo que ha sucedido y ha sido fijado en el Concilio. Pero en la medida en que podemos tener el atrevimiento de opinar algo sobre la actuación misteriosa de Dios en la actualidad, desearía declarar que, a la luz de la revelación que nos ha sido donada en Cristo, y observando todas las necesarias proporciones, y previniendo ante cualquier peligro de equívocos, considerado en su conjunto, tengo al Concilio por un elemento cierto de la historia de la salvación, en la medida en que el Espíritu Santo estaba operando en él. Por supuesto bajo una condición: a saber que todos nosotros, y también nuestras Iglesias, continuemos esforzándonos constantemente por la renovación en el Espíritu Santo»[3].

En fin, no es extraño que de todas estas experiencias y reflexiones pudiera Cullmann deducir consecuencias respecto de la forma de proceder en el itinerario ecuménico:

«Nosotros no queremos efectuar un salto hacia Roma, sino que es juntos, mano sobre mano con la Iglesia romana, como queremos marchar hacia el mismo fin, y este fin común se llama Cristo, el camino que conduce a él: el Espíritu Santo. He aquí la vía de la unidad»[4].

[3] O. Cullmann, «Was bedeutet das Zweite Vatikanische Konzil für uns Protestanten?», en: W. Schatz (ed.), *Was bedeutet das Zweite Vatikanische Konzil für uns?* (Basel s.a.) 15-52 aquí 43-44, 48, 52.

[4] Cit. en M. Arnold, «L'oecuménisme d'Oscar Cullmann: conceptions et engagements» *Positions luthériennes* 45 (1997) 3-27, aquí 12.

Universidad Pontificia de Salamanca

II. Criterios y convicciones básicas del pensamiento ecuménico de Cullmann

De una forma sumamente sintética, podemos resumir aquí los criterios y convicciones que caracterizan el pensamiento ecuménico cullmanniano, extraídos de diversas obras y manifestaciones suyas. Ellos constituyen el amplio marco donde es preciso situar sus indicaciones posteriores, más precisas, sobre unidad en la diversidad.

a. Cualquier pequeño paso en este terreno cuenta, es importante. Entre esos pasos se pueden mencionar: oración, contactos teológicos, pero también colectas recíprocas en favor de los pobres de la otra Iglesia. Es preciso en todo ello alimentar sentimientos de modestia y confianza, pero también fomentar la capacidad de iniciativas.

b. La primera condición de todo acercamiento entre las Iglesias es la franqueza recíproca más absoluta: hablarse sin ningún sobreentendido, lo más abiertamente posible.

c. La diplomacia (con su carga de connotaciones negativas, que la aproximan a las estrategias hipócritas) no tiene nada que hacer en este terreno, y más bien contribuye a la separación, cuando se aplica a las relaciones entre las confesiones.

d. Existe una diferencia entre las aproximaciones institucionales y las que se dan entre los cristianos individual o comunitariamente. Mientras que la unión de la Iglesia romana y de las Iglesias protestantes no es posible en una perspectiva humana (porque la dificultad de llevarla a cabo desborda las capacidades de los hombres), la solidaridad entre los bautizados es posible y se manifiesta ya en las discusiones teológicas y en la oración.

e. Si la oración no se hace en espíritu ecuménico, corre peligro de profundizar la separación, porque cada cual pide por un modo de unidad distinto, o por una unidad entendida de tal manera que tenga como consecuencia que los otros dejen de ser lo que son.

Universidad Pontificia de Salamanca

f. La unidad exige sacrificios, no es posible sin ellos; pero éstos tienen también sus límites.

g. El trabajo por la aproximación se debe realizar en la situación tal como existe, sin negar las disparidades ni exigir un abandono de las convicciones fundamentales de los otros; pero ese «tal como son» no debe entenderse como una aceptación acrítica de lo que en cada una hay de deficiente y necesitado de reforma.

h. No hay que dejarse seducir por la moda del ecumenismo en una especie de extremismo de izquierdas, ni apuntarse tantos oportunistas que ignoren las diferencias todavía subsistentes. Es preciso combatir, como los primeros protestantes, en dos frentes: contra los abusos de los otros y contra los extremistas en las propias filas.

i. No hay que limitarse a los diálogos teológicos, sino hacer todo lo posible para que el clima cambiado tenga consecuencias también en la realidad práctica.

j. La separación actual no depende únicamente de los abusos medievales o de los errores históricos. No puede ser superada por ningún sacrificio, porque se apoya en un punto central de la fe; la relación de la Iglesia con la fe en Cristo.

k. La tensión escatológica está abolida por el magisterio infalible del papa y su exigencia universal de sumisión doctrinal. Los católicos no pueden renunciar a ello y no deben ocultar esta necesidad en virtud de su fe. Para los protestantes, la tensión escatológica no ha desaparecido respecto de ningún punto en los órganos humanos de la Iglesia; su propia fidelidad les pide ver la unidad realizada en palabra y sacramento y no someterse al Papa. Si cada cual aceptara la visión del otro, eso significaría desaparecer.

III. Unidad en la diversidad

Las preocupaciones ecuménicas de Oscar Cullmann conocieron una cierta culminación cuando publicó, en 1986,

Universidad Pontificia de Salamanca

su libro *Einheit durch Vielfalt*[5]. Reunía en él estudios anteriores, sobre todo en relación con el tema de la unidad en el Nuevo Testamento[6], pero les daba un tratamiento coherente al servicio de un pensamiento orgánico que planteaba la posibilidad de hacer compatible el afianzamiento de la unidad entre las Iglesias cristianas con el reconocimiento de las diversidades que la historia o la teología habían hecho crecer entre ellas. La obra experimentó una rápida acogida en los ambientes eclesiales y teológicos de las Iglesias, quizá particularmente en medios católicos. Algunos años después, Cullmann publicaba un segundo librito, *Les voies de l'unité chrétienne*[7], en el cual explicaba de nuevo sus puntos de vista, al mismo tiempo que recogía y se hacía eco de las críticas y comentarios de que había sido objeto su obra anterior.

No me propongo exponer aquí las líneas que sigue el pensamiento de Cullmann en estos libros, que son muy conocidos y han sido ya presentados y comentados en numerosas ocasiones[8]. Para los efectos de la evocación del destacado ecumenista que deseo hacer en estas páginas basta con recordar cuáles son los tres principios básicos que han podido ser señalados como caracterizadores del perfil de la unidad de acuerdo con su postura[9].

[5] *Einheit durch Vielfalt. Grundlegung und Beitrag zur Diskussion über die Möglichkeiten ihrer Verwirklichung* (Tubinga 1986). Utilizamos aquí la versión italiana: *L'unità attraverso la diversità. Il suo fundamento e il problema della sua realizzazione* (Brescia 1987).

[6] O. Cullmann, «L'ecumenismo dell'unità nella diversità secondo il Nouvo Testamento», *Unitas* 40 (1985) 160-171; también en *Protestantesimo* (1985/3).

[7] Cerf, Paris 1992.

[8] Ver, entre otros: J. Boada, «Unidad en la pluralidad. Un proyecto ecuménico de Oscar Cullmann», *Actualidad Bibliográfica* 24 (1987) 175-188; A. de Halleux, «L'unité par la diversité? À propos d'un ouvrage récent», *Nouvelle Revue Théologique* 109 (1987) 870-883; Id., «L'unité par la diversité selon Oscar Cullmann», *Revue Théologique de Louvain* 22 (1991) 510-523; Id., «Cullmann's unity through diversity. A Catholic response», *Theology Digest* 39 (1991) 19-22; S. Manna, «L'unità attraverso la diversità. Una soluzione ecumenica minimale?», *O Odigos* 14 (1995/4) 3-7; Id., «Le vie dell'unità cristiana: quali prospettive?», *O Odigos* 16 (1997/1) 3-7.

[9] Sigo en sus líneas esenciales la presentación sintética de M. Arnold, cit., 12-16, que juzgo acertada.

Universidad Pontificia de Salamanca

1. *Complementariedad*

La atención puesta en la complementariedad evita entender la unidad como una unificación que tiende a eliminar las diferencias. Cullmann había señalado ya en 1972 que, por el contrario, la unidad a la que se aspira

> «está basada por una parte sobre la profundización y la depuración de la particularidad de la Iglesia a la que se pertenece, y por otra parte sobre el respeto por la particularidad de las otras Iglesias, a condición, de cualquier manera, de que ésta se nos muestre como conforme al evangelio»[10].

Los carismas complementarios no están exentos de peligros por exceso o unilateralidad, pero deben ser considerados como una concentración, inspirada por el Espíritu Santo, en lo que a cada uno parece ser el centro único de la fe en Cristo. En el catolicismo es importante el universalismo espacial y temporal, pero su amenaza es el sincretismo que tolera (¿quizá favorece?) la introducción de elementos extraños a la autenticidad cristiana. El protestantismo valora la concentración bíblica que ayuda a evitar la estrechez de espíritu, apoya la libertad cristiana, pero deberá tener cuidado de que ésta no degenere en anarquía. La ortodoxia vive de su teología y espiritualidad pneumáticas y de la rica tradición litúrgica, con tal de que ésta no se convierta en ritualismo. Cullmann señala que naturalmente, poner de relieve la presencia caracterizadora de estos carismas en cada una de las Iglesias no significa registrar su ausencia en las otras. Por tanto, la unidad visible no debe ser entendida de tal manera que se despoje a cada Iglesia de todo lo que no tiene en común con las otras.

2. *Tolerancia*

Es la actitud que dimana de la toma de conciencia de lo que separa todavía a las confesiones. Esta separación no puede ser ni ignorada ni minusvalorada en beneficio de una

[10] O. Cullmann, «L'oecumènisme à la lumière de la notion biblique du charisme», *Tantur Yearbook* (1972) 44.

Universidad Pontificia de Salamanca

supuesta aceleración del entendimiento; constituiría una falta de respeto a la historia y a la fe en Cristo que se expresa y vive en contextos teológicos y eclesiales diversos. En una conferencia de prensa después de la 1.ª sesión del Concilio, Cullmann decía: «Desde el punto de vista ecuménico es un método altamente perjudicial el pasar en silencio lo que nos separa realmente».

Reiterando uno de los puntos mencionados más arriba, el profesor no duda en resaltar el peso de las divergencias ante las que los planes y estrategias humanos deben aceptar su impotencia; no sólo históricamente no reconciliadas, sino quizá irreconciliables. En esta situación, la tolerancia es quien puede ayudar a salvaguardar la comunión a pesar de todo. Inspirándose en 1 Cor 8, 9ss. Cullmann pide que los fuertes tengan consideración con los débiles en la fe. No resulta fácil determinar quiénes son los fuertes en este contexto, pero eso es secundario. La tolerancia se inspira en el recuerdo de las propias debilidades, insuficiencias, infidelidades. Tal actitud no está interesada en destacar ante todo los aspectos o elementos del otro que hay que comenzar por denunciar, sino que intentará fijarse en lo positivo y ejemplar de sus carismas, en la conciencia, con todo, de que debe seguir cultivando los que le son propios y característicos.

3. *Ponerse en marcha*

La situación a la que se ha llegado, procedente de una historia y unos condicionantes determinados, no tiene por qué ser mantenida indefinidamente. Cullmann decía ya en una conferencia de 1950 que él era de los que jamás se habían resignado con la separación. Y en 1972 repetía:

> «El inmovilismo mata al ecumenismo. Éste exige un trabajo continuo de reflexiones comunes y una búsqueda continua de manifestaciones de la fraternidad. Si yo insisto sobre la necesidad para cada Iglesia de no abandonar su carisma propio y de respetar el de las otras Iglesias, no quisiera que se tomara pretexto de ello para encerrarse en el interior de los muros de su propia Iglesia. No desearía sobre todo frenar el ímpetu ni el ánimo ecuménicos ni suscitar la impresión de que mi propio ardor ecuménico está disminuyendo con la edad».

Universidad Pontificia de Salamanca

La reflexión crítica respecto de las tradiciones propias de cada Iglesia no queda sin consecuencias. De ella surge el afán por eliminar aquellas particularidades que no son carismas, sino deformaciones. Con este proceso de depuración se priva de *sostén* a la complacencia en la separación, que precisamente se alimentaba de ellas. Desechando todo pensamiento de superioridad y abierto a contemplar lo que el Espíritu vivifica en otros cristianos. Cullmann se preguntaba después del Concilio:

> «¿Qué tenemos, nosotros los protestantes, que aprender de este concilio? Ante todo tenemos que estar dispuestos, nosotros también, a renovarnos un día. No basta con decir con un sentimiento farisaico de superioridad: ¡Gracias a Dios! ¡Por fin hay una pequeña mejoría entre los católicos! Yo deseo a nuestras Iglesias protestantes que busquen una purificación y una profundización con la misma seriedad que hemos constatado entre tantos de nuestros hermanos católicos en el Concilio»[11].

IV. Manifestaciones de unidad en algunos aspectos particulares

Concluyo esta rápida evocación sintética del pensamiento ecuménico de O. Cullmann destacando algunas áreas concretas en las que el profesor estrasburgués percibe tanto realizaciones de una unidad ya establecida (al menos parcialmente) como posibilidades para un fecundo y prometedor avance hacia una unidad más profunda y más sólida[12].

1. *Textos comunes.* Cullmann da importancia a los diálogos que conducen a textos aceptados por las Iglesias dialogantes. Algunos de los teólogos que han comentado su obra han juzgado que su propuesta marca un camino paralelo al de los diálogos interconfesionales, centrados más bien en aspectos doctrinales, o hace a aquéllos innecesarios, o constituye un obstáculo por ejemplo en el tema del tratamiento teológico del ministerio. Sin embargo, nuestro autor insiste en que el resultado de los diálogos no debería traspasar la

[11] «Éléments permanents et changeants du message chrétien d'après le Concile», en *Rome nous interpelle* (Neuchâtel 1967) 156; *cit.* por M. Arnold, *cit.* 16.

[12] Cf. O. Cullmann, *Le vie dell'unità cristiana* (Brescia 1994) 61ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

frontera más allá de la cual corre peligro de desaparecer el aspecto carismático de la diversidad y donde ya no se toman en consideración las diferencias irreductibles.

2. *Cultos*. Los obispos suizos publicaron en 1986 una carta recordando que la autorización para practicar la intercomunión constituye en la Iglesia Católica un problema dogmático. Cullmann tampoco aprueba la intercomunión practicada como una consecuencia de la indiferencia respecto de las diversidades subsistentes, o como un mero acto social o de cortesía con los otros. A pesar de las diferentes experiencias según a qué modalidad de eucaristía se asiste, es preciso ver en cada una de esas celebraciones un aspecto particular del mismo acontecimiento neotestamentario, incluso si otros elementos de la celebración de las Iglesias hermanas aparecen como incompatibles con la voluntad del fundador. Cullmann lamenta que los casos de hospitalidad eucarística recíproca previstos como excepcionales por la Iglesia Católica sean cada vez más excepcionales. Con todo, considera exagerada la opinión de que donde no se realiza la intercomunión tampoco se da la comunión, puede haber otras manifestaciones de *koinonia*. Una posibilidad de visibilización de la misma la ve el ecumenista en la restauración de los ágapes de la Iglesia antigua.

3. *Oración*. Oración en común, oración en que se tiene en cuenta a los otros, oración en que se aprende de los otros. En 1960, Cullmann edita junto con O. Karrer una obra colectiva destinada a resaltar la importancia ecuménica de la oración mediante la presentación conjunta de apreciaciones de teólogos de distintas Iglesias[13]. También aquí, los rasgos diferenciales se hacen perceptibles, pero lo notable es que son objeto de valoración positiva precisamente por los observadores de la otra confesión. Al católico O. Kaufmann le llamaba la atención por ejemplo la forma de orar de los protestantes que tuvo ocasión de observar con motivo de encuentros interconfesionales: a su juicio, éstos o rezan con devoción o no rezan; dan importancia al recogimiento, al silencio. Es una oración cristocéntrica, sin necesidad de incluir tantos intercesores y mediadores... por si sale mal. Oración con carácter dialogal, escucha de una palabra que se dirige a cada persona.

[13] O. Cullmann y O. Karrrer (ed.), *Einheit in Christus* (Zurich 1960).

Universidad Pontificia de Salamanca

Por su parte, el protestante W. Meyer opinaba: «Tenemos la impresión de que la Iglesia Católica es una Iglesia orante de forma más palpable que la protestante». Sin negar que en ésta se ora mucho y con intensidad, en el secreto de los corazones. Pero se ha olvidado la oración colectiva, comunitaria, en el templo, continuación de aquella oración de la primera comunidad neotestamentaria, a no ser la sobria y seca oración oficial en los servicios. Hay miedo quizá de que la oración se mecanice, se rutinice y profane. Se ignora qué fuerzas se reciben en la oración comunitaria, cómo el individuo queda acogido en la oración común, cómo se liberan las disponibilidades para ser arrastrado por Dios, se supera el aislamiento y el egoísmo de las propias preocupaciones. Permite unir lo carismático-personal y lo comunitario-formal, rectificando recíprocamente sus posibles deficiencias y potenciando sus posibilidades. Debe ser inspirada por el Nuevo Testamento. Y precisamente como realización del criterio protestante del sacerdocio común: ser sacerdote significa presentarse ante Dios, interceder por la comunidad.

4. *Testimonio común.* Las Iglesias están llamadas a dar un testimonio cristiano unido respecto de los sucesos relevantes en el mundo. Tal actividad supone tener tanto una buena información sobre los acontecimientos como una adecuada competencia para pronunciarse sobre ellos. El testimonio se ha de dar desde la plataforma de fe y convicciones cristianas que es propia de las Iglesias, al mismo tiempo respetuoso de los pluralismos y de las autonomías mundanas. Y teniendo en cuenta que «la Iglesia, incluso cuando persiga un objetivo común, debe decir las cosas de modo diverso que los políticos. ... A los hombres de Iglesia les falta singularmente el sentido crítico y a veces la sinceridad al querer complacer a los profanos. La Iglesia debe ciertamente hablar un lenguaje inteligible para el mundo, pero no debe adaptar el Evangelio al mundo, sino el mundo al Evangelio».

Para terminar esta evocación, nada mejor que dar la palabra al recordado ecumenista. En sus expresiones cabe escuchar tanto una profunda convicción de fe como el señalamiento de unas dimensiones programáticas para el avance en el camino hacia la unidad de los cristianos:

> «A pesar de todo lo que nos separa, el Espíritu Santo no cesa de empujarnos a la unidad por encima de todos los obstáculos.

Universidad Pontificia de Salamanca

Alguna vez veremos realizarse lo que San Pablo escribe a los efesios: 'Profesando la verdad en el amor debemos crecer de todas las maneras hacia aquél que es la cabeza, el Cristo'. Verdad y amor: la búsqueda común de la verdad que Dios nos ha revelado en Cristo y el amor al que nos impulsa por su Espíritu Santo, he aquí lo que debe aproximar desde ahora a aquéllos que son ya hermanos por el hecho de que invocan al mismo Señor Jesucristo en respuesta a la llamada que han recibido de él»[14].

JOSÉ J. ALEMANY
Universidad Pontificia Comillas, Madrid

SUMMARY

The present report tries to be an homage to the outstanding ecumenist O. Cullmann, who died at the beginning of this year. Firstly, the writer remembers the origin and the development of his ecumenical thought, inserted so in his specialised knowledge of the first Christian Community as in the biographic contacts with remarkable exponents of the catholicism and protestantism. Afterwards, he offers synthetically the main viewpoints and basic convictions, extracted from his several works, which typified the ecumenical O. Cullmann's thought. Finally, the report is concentrated on the cullmannian proposal, «unity in the diversity».

[14] *Catholiques...*, *cit.* 70.

Universidad Pontificia de Salamanca